

El Tratado de la Libertad Humana¹

DR. JACQUES MABIT

Médico, fundador del Centro Takiwasi

14 septiembre 2024

Del analfabetismo espiritual contemporáneo

Existen esas obras que aparecen justo a tiempo, respondiendo a las necesidades del momento y a las inquietudes del hombre contemporáneo. Es el caso del libro “El Lenguaje de la Creación” de Matthieu Pageau. Se teme en esos casos que se nos ofrezca un libro de recetas para el buen vivir, como florecen en la literatura New Age, cuya validez no supere unos pocos años, los tiempos cambian tan velozmente. Sin embargo, el autor enraíza sus propuestas en las profundidades de la tradición bíblica y especialmente de su primer libro, el Génesis. De ahí, el lector puede ser renuente en lo que podría ser una especie de arqueología obtusa del pensamiento antiguo con pocas implicaciones en su vida cotidiana y la época actual. De nuevo, el autor nos sorprende, vinculando, con facilidad que nos comparte, la filiación de nuestras vivencias de hoy con las fundaciones de los albores de la humanidad. Para ello, nos descubre estructuras perennes y universales de la dinámica de la vida, desde el nivel cosmológico hasta el nivel individual, pasando por las escalas colectivas e inter colectivas de la humanidad a lo largo de los siglos.

Con razón y generosidad, el autor nos propone una especie de manual para analfabetos espirituales, a sabiendas de la desacralización de la sociedad occidental contemporánea. Si para leer se requiere primero aprender las letras, para llevar una lectura a las dimensiones de la existencia humana insertada en el cosmos, se necesita conocer los elementos básicos de la estructura de la creación que nos incluye. El autor nos ayuda con capítulos cortos, un lenguaje conciso, ejemplos sencillos, e ilustraciones con diagramas pedagógicos a nivel visual, que facilitan la comprensión. La prueba de la accesibilidad así permitida al lenguaje simbólico en esta obra yace en el hecho que, al leerla, nos hace sentir inteligentes.

Sencillez no equivale a simplismo dado que las semillas ofrecidas pueden ser masticadas, al estilo de la “manducación” meditativa de la palabra de Dios por los Padres del desierto (Marcel Jousse²), para extraer de ella sabores siempre más delicados. El Verbo se hizo carne (Jean 1:14) y esta “carne” nos ha sido dada para nutrirnos y revelarnos la manifestación de la presencia de Dios.

Las estructuras elementales señaladas, el alfabeto del lenguaje simbólico, se aplican a las diferentes escalas de la realidad, desde el macrocosmos hasta el microcosmos, desde la realidad más terrenal hasta la más espiritual. Por lo tanto, pueden declinarse de manera infinita en los mil campos del pensamiento y de la actividad humana, desde la teología y la filosofía hasta la culinaria y la música. A cada uno le compete, según su capacidad y deseo, expandir la propuesta a los ámbitos que le corresponden o interesan. Para ello, se recurre al principio de analogía, recomendado por el sabio bíblico (Sabiduría, 13: 1-9), que permite establecer una comunidad de sentido en base la existencia de atributos semejantes en seres o cosas diferentes, y de diferentes niveles de realidad, de tal manera que constituye la herramienta por excelso de la función simbólica a la cual nos inicia el autor. Por lo

¹ Artículo que reúne prólogo y epílogo del libro “El lenguaje de la creación: el simbolismo cósmico en el libro del Génesis”, Matthieu Pageau (autor), Jorge Benito (Editor), Sebastián Girado (Traductor), 2025, 405 p. Más información: <https://www.amazon.com/-/es/dp/B0DS8RPC53>

² Marcel Jousse (1975) La Manducation de la Parole, Collection Voies ouvertes, Gallimard.

mismo, el lenguaje simbólico, a la vez protege el misterio y permite expresarlo mediante imágenes concretas accesibles a cualquiera.

La cosmología bíblica frente a la cosmovisión científica

El autor ejerce una obra de sanidad queriendo sacarnos del hipnotismo ejercido en el pensamiento contemporáneo por la cosmovisión científica. Los hallazgos técnicos de la ciencia moderna ejercen una fascinación tal que captura la consciencia humana al punto de subyugarla y llevarla a la alienación. La hegemonía del materialismo y racionalismo pretenden aplicarse a la lectura de la Biblia, en un abordaje reduccionista y literal, ignorando su lenguaje simbólico, y dando así la impresión de asestarle un golpe fatal. Sin embargo, las respuestas de la ciencia al cómo de la vida, nunca pueden responder a su porqué. A la simple pregunta del niño “porqué brilla el sol”, el científico se queda mudo si no pretende ofrecer una solución engañosa a la ingenuidad del infante con explicaciones del “cómo brilla el sol”. Constatar un hecho no es dar cuenta de su origen. “Equivale a explicar cómo se escribe una palabra en lugar de lo que significa”. Los enigmas del misterio de la vida y de la muerte inquietan a todo ser humano, y le hicieron consultar oráculos y adivinos antes de que éstos sean sustituidos ilusoriamente por científicos. Si por cierto la ciencia responde a acertijos concernientes a la materia, en cuanto a los enigmas del mundo espiritual y al sentido de la vida se coloca en una posición de arrogancia por confundir conocimiento y sabiduría. Los científicos humildes lo reconocen y se atienen a los datos, los soberbios proceden a una utilización abusiva de esos datos para nutrir teorías científicas dominadas por una ideología de negación de todo propósito a la Creación, en la visión absurda del mundo que, en su ignorancia y desesperación, predicán.

Sin embargo, puede resultar que, en nuestra época, los recientes hallazgos de las ciencias más avanzadas se vuelvan los mejores defensores de la necesidad de superar el esquema materialista positivista, demostrando sus límites. Numerosos científicos, especialmente en las neurociencias, abogan por la elaboración de un paradigma postmaterialista (Mario Beauregard³). Los modelos convencionales no pueden dar cuenta de toda la realidad, particularmente en lo concerniente a la consciencia humana. Lo mismo se podría decir, por ejemplo, de numerosos fenómenos como los llamados paranormales, observados, listados, pero sin explicación válida y dejados de lado, al margen del corpus de las investigaciones formales. Precisamente, son esos elementos “al margen” que son susceptibles de inducir a un cambio de paradigma como lo sugiere Edgard Morin en su teoría de la complejidad y del reencantamiento del mundo.

Grandes pilares de la visión moderna científica del mundo, asumidos casi como dogmas, se encuentran cuestionados por nuevos descubrimientos. Es el caso tanto de la teoría pasteuriana, así como de la datación por medios como el carbono 14 o la de evolucionismo o darwinismo. Así, a título de ejemplo, contradiciendo el dogma evolucionista, una publicación de David Thaler⁴, en 2018, revela, a partir de una investigación genética muy amplia sobre el ADN mitocondrial, que nueve

³ Ver <http://opensciences.org/>

⁴ Thaler, David. (2018). *Why should mitochondria define species?* Human Evolution. 33. 10.14673/HE2018121037.

especies de animales sobre diez habrían surgido de manera simultánea a la aparición del ser humano, «cada uno según su especie» (Gen 1 :11). La ciencia basada en la lógica clásica, la objetividad y la razón suficiente, con el método reduccionista cartesiano, no coinciden tampoco plenamente con los principios de la teoría de la relatividad o de la física cuántica. En mecánica cuántica, la relación de indeterminación de Heisenberg o principio de incertidumbre reintroduce una duda sobre una verdad estable y absoluta a la cual pretendía el positivismo.

Sin embargo, el autor no cae en una oposición estéril de dos modelos que serían contradictorios o excluyentes, y más bien encuentra una similitud en las cuatro categorías que fundamentan cada cosmovisión, la materialista y la espiritual. La primera describe los fenómenos del mundo natural en términos de energía, materia, espacio y tiempo, mientras la segunda refiere al mundo espiritual con los términos de “cielo”, “tierra”, “espacio” y “tiempo”, esos últimos con una definición ajena a la del materialismo y dotados de una cualidad simbólica. Por lo tanto, el conocimiento revelaría una similar estructura cuaternaria de la realidad, ofreciendo una nueva epistemología que puede dar cuenta tanto de las realidades materiales como espirituales. Esta estructura cuaternaria ha sido descrita por el exegeta Jean-François Froger y el matemático Robert Lutz⁵ que demostraron su coherencia en ambos campos para elaborar un modelo lógico que permita “completar el modelo de Aristóteles”.

La coincidencia de la estructura cuaternaria de ambas cosmovisiones no revela sin embargo una ubicación en el mismo nivel horizontal de realidad, sino una relación vertical donde la escala de realidad espiritual trasciende la realidad material. Por lo tanto, sería erróneo instituir una falsa equivalencia entre los modelos antiguos espirituales y los actuales del universo. La función simbólica apoyada en la analogía permite vincular esas estructuras desde lo material hasta lo espiritual. Por ende, el conocimiento de la realidad material, por la función simbólica analógica puede permitir acceder a verdades espirituales, pero nunca agotarlas. Más bien, el conocimiento espiritual cubre toda la realidad material. Lo demostraron Froger y Lutz, cuando el primero, a partir del conocimiento de verdades espirituales extraídas de la estructura cuaternaria de la Biblia, pudo orientar la investigación científica de Lutz y encontrar soluciones matemáticas o físicas a los acertijos de la ciencia. La cosmología tradicional no describe directamente al mundo natural, pero en un nivel de encarnación o de escala de realidad material, resulta coherente con él. A lo largo de los siglos, el juicio “científico” de la Biblia ha sido regularmente desbaratado por nuevos descubrimientos. Antes de nuestra época moderna y sus desarrollos tecnológicos impresionantes, en 1892, el papa León XIII hacía notar que: “Durante mucho tiempo se han hecho numerosas objeciones de todas las ciencias contra la Escritura. Ahora están olvidados: no valían nada... Así como el tiempo hace justicia a las opiniones falsas, así la verdad permanece y se fortalece eternamente.» (*Providentissimus Deus*).

La vocación sacerdotal o mediadora del ser humano

Desde lo individual hasta lo cósmico, de la “tierra” hasta el “cielo”, se establece un eje de coherencia y a mayor elevación espiritual, mayor coherencia entre los niveles de conocimiento o de manifestación divina, y en consecuencia las sincronicidades se hacen más patentes. Así, el

⁵ Jean-François Froger et Robert Lutz (2003) *Structure de la connaissance*, Editions DésIris.

conocimiento se realiza de manera gradual, en una elevación progresiva a lo largo de una escalera jerarquizada, de coherencia siempre mayor, atravesando una “serie de microcosmos incrustados, donde los mismos principios cósmicos se expresan en diferentes escalas de la realidad”. Este esquema hace eco a las figuras fractales que presentan también una estructura similar en todas las escalas y donde, de una cierta manera, paradójica, la parte “contiene” el todo.

En este modelo metacognitivo del universo que trasciende la cosmovisión científica, o modelo meta-científico, la consciencia humana media entre las realidades espirituales y corpóreas. El conocimiento de Dios define el propósito de la existencia humana, y se alcanza cuando el ser humano asume su vocación de unir las realidades espirituales y corpóreas, lo que representa una función sacerdotal propia a su especie: “baja” las inspiraciones o revelaciones en hechos concretos y “eleva” las ofrendas de la “tierra” hacia el “cielo”. El ser humano, recapitulando en sí mismo todas las dimensiones de la creación⁶, tiene vocación a asumir esta función mediadora, figurada en el homúnculo, donde puede resolver potencialmente la “cuadratura del círculo”, o sea responder a los enigmas de la creación.

Esta función vertical del sacerdocio se ejerce también en la horizontalidad de la manifestación corpórea donde tiene que asumir la tensión fecunda entre los opuestos. Esa tensión se ilustra particularmente entre los aspectos masculinos y femeninos del Adán que somos todos. Mientras ambos aspectos se encuentran en fecundación recíproca, e idealmente perfectamente equilibrada, la relación florece y produce frutos. Cuando uno pretende dominar sobre el otro con una pretensión hegemónica, surge el desastre (des-astros), la des-orientación, se “pierde el norte”. Sin corrección, termina inevitablemente en la absorción de uno por el otro en una relación fusional o en la separación cuando hay un divorcio insuperable entre esos opuestos.

La tensión fecunda entre femenino y masculino

Dentro de los numerosos binomios que el autor propone para ilustrar la tensión dual y paradójica de pares de opuestos, el de femenino/masculino ofrece una dimensión universal que cobra particular importancia en la época actual de (in)definición sexual. El de frío/calor no es percibido de manera similar por un hombre de los trópicos o uno de tierras gélidas, tampoco el de luz/oscuridad por un habitante de la región boreal y un ecuatoriano... Permite abordar la frecuente confusión entre las determinaciones sexuales (hembra/macho, mujer/varón) y las funciones femeninas/masculinas que no se superponen a las anteriores.

La gestión de una tensión balanceada de los opuestos se aplica tanto a nivel colectivo (las parejas sexuales) como a escala individual en el equilibrio entre las fuerzas masculinas y femeninas que habitan todo ser humano, sea varón o mujer. A este nivel individual, lo “femenino” se relaciona con la bondad, la generosidad, la intuición, la misericordia, la interioridad mientras lo “masculino” se vincula con la rectitud, la exigencia, el razonamiento, la gratitud, la exterioridad. En términos más universales y bíblicos, feminidad y masculinidad se encuentran en los binomios luna y sol, indiferenciado y diferenciado, húmedo y seco, tiempo y espacio. Del mismo modo que el feto está

⁶ “El hombre comparte la existencia con las piedras, la vida con las plantas, la sensación con los animales, el conocimiento con los ángeles, y si es así es porque, en cierto modo, es cada uno de ellos.” San Gregorio Magno.

sumergido en un mundo de materia-agua (femenino) y debe salir “a la luz” y al aire (masculino) al nacer, los diferentes nacimientos ulteriores, psíquico-afectivo, social y espiritual, transitan de lo “femenino” hacia lo “masculino”. Ello supone un salir de lo indiferenciado “femenino” de las sucesivas matrices (física, psíquica, social y espiritual) hacia lo diferenciado de valores “masculinos”. En este sentido, el alma humana, “femenina”, se “masculiniza” a medida que sube las gradas de la diferenciación, instaurando paulatinamente una estabilidad en el “espacio” (masculino, cuadrado) saliendo de la inestabilidad del “tiempo” (femenino, circular). Cuando se trata de ser fecundada por realidades superiores espirituales (“masculines”), toda alma humana se figura en un modo “femenino” de acogida y aceptación del “esposo”, como lo celebra el Cantar de los Cantares. En otras palabras, el tiempo circular en la interioridad del útero, se “masculiniza” en la exterioridad como una flecha yendo del pasado al futuro, y la vida humana encuentra de a poco su orientación.

Sin embargo, a la imagen del laberinto, el ser humano raramente procede de una manera recta e inmediata, y necesita deambular y por momentos hasta retroceder y hacer pausas. Después del trabajo viene el descanso que ofrece la posibilidad de integrar la obra realizada, meditarla, en una atención flotante, de libre asociación, de sueño despierto. Para ello, se supone que exista, de una parte, un trabajo previo a metabolizar y, de otra parte, que represente una pausa temporal, con límites, con el fin de retomar la obra iniciada. En su defecto, el descanso se transforma en ociosidad, “madre de todos los vicios” como reza el dicho. La Biblia ilustra esta verdad universal en la figura del Sabbat que el autor desarrolla ampliamente. Es notoria la asimetría entre femenino y masculino, trabajo y descanso. No existe la misma cantidad de días de trabajo y de descanso, uno por seis. Además, el tiempo de recreación del Sabbat es posible únicamente porque hubo trabajo previo durante seis días y por otra parte porque se trata de un tiempo sagrado. Es esta consagración que permite retomar luego el trabajo los seis días siguientes y da sentido y propósito a la obra.

A falta de consagración del tiempo de recreación, éste se transforma en una forma de regresión a etapas previas del proceso de diferenciación con el peligro de quedar atrapado en él y no poder retomar la obra. A nivel psíquico, equivale a una inmersión en las aguas oscuras del inconsciente, a una indiferenciación que, señalando la coherencia a diferentes escalas de la realidad, el autor relaciona a nivel colectivo a la inundación, y a nivel cósmico al diluvio. El tiempo de recreo es también el tiempo de los sueños inspirantes, sueños de enseñanza, revelación directa, donde Dios se manifiesta mediante sus ángeles, mensajeros o inspiradores. En la tradición católica, los fenómenos de revelación divina a través de los sueños son referidos como "*somnia a deo missa*", - que significa sueños enviados por Dios-, en coherencia con la función profética bíblica: “le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Números 12:6-8). Los mensajes proféticos surgen entonces fuera de los límites de la Ley (masculina) que deberá ser retomada luego para interpretar dichos mensajes. A falta de consagración de este tiempo, los sueños derivan en divagaciones sin sentido, pesadillas, pérdida de la orientación. A nivel colectivo, esa divagación se asimila a la vida errante del exiliado, perdido en tierras ajenas.

El espacio del trabajo se estructura alrededor de la energía masculina de construcción y formación, mientras el tiempo de recreación se realiza sumido en energías femeninas de renovación y transformación. Para construir una casa, se requiere de planos con conceptos de construcción, funcionalidad y estética, funciones masculinas (aire). Sin embargo, sin la materia prima de los

ladrillos (tierra), no se levantará ninguna casa. Pero un montón de ladrillos queda como tal si no existe una idea previa que preside a su ordenamiento para elevar un edificio. Una casa construida de manera improvisada, sin fundaciones aseguradas que garanticen su estabilidad, no podrá mantenerse de pie (Mateo 7, 21-29).

De manera similar la memoria temporal se revela femenina y la memoria espacial masculina. A título de recreación, todos saben que la mujer no tiene el sentido de la orientación, pero sí se acuerda de los detalles de una reunión realizada hace decenios atrás... Esta broma machista que me permito es precisamente para subrayar que, aunque no se pueda identificar las funciones femeninas a “la mujer”, ya que función e identidad no se superponen exactamente, sin embargo, permanece una coherencia con las estructuras elementales descritas. De manera similar, no se puede identificar el varón con brutalidad y violencia física, aunque es patente que los soldados son varones en su mayoría. Este desliz permite también subrayar que el tiempo del recreo es un tiempo lúdico, donde las leyes de la moralidad se borran temporalmente y se permite ser “gracioso” o “ingenioso”, recibir la gracia o ser inspirado por un “genio”⁷. Se encuentra tanto en el carnaval, a manera de epifanía invertida, como en las burlas del bufón del rey prohibidas a los demás cortesanos. Sin embargo, este tiempo de la broma o inversión de valores y jerarquías, tiene que ser contenido en un espacio delimitado para no transformarse en destructivo: “los mejores chistes son los más cortos” y “la brevedad es el alma del sabio.”

La consagración apunta también a mantener un balance entre las virtudes femeninas y masculinas que podemos sintetizar a nivel colectivo en el binomio misericordia/justicia y a nivel individual en el perdón-bondad/exigencia-rigor. La solarización excesiva por las virtudes masculinas deviene en un resecamiento del sentimiento, de la bondad, de la benevolencia. En este terreno deshidratado, desértico, no puede crecer ninguna semilla. El varón que, rehuyendo de su feminidad interna, se identifica con esas virtudes masculinas las transforma en defectos, el rigor se vuelve rigidez, la autoridad se transforma en autoritarismo, la verticalidad en falta de sensibilidad... Al opuesto, la humificación femenina excesiva en una mujer que rechaza su dimensión masculina la transforma en sobreprotectora asfixiante, ahogando a sus hijos de su “amor sin límites”, posesionando al otro en relaciones simbióticas donde la exclusión de la verticalidad castra la elevación psico-espiritual. Entre desierto y pantanal, cuando se fecundan adecuadamente las virtudes femeninas y masculinas, el sol masculino evapora el exceso de agua emocional del pantanal femenino, y las aguas femeninas irrigan la sequedad estéril del desierto masculino.

A nivel colectivo, el rigor de la Ley se aminora con el perdón, la misericordia y la benevolencia. Se traducen, por ejemplo, a nivel judicial por la amnistía, el indulto o las penas de sustitución. Una indulgencia extrema favorece más bien la irresponsabilidad y permite que se desaten los más bajos instintos, dentro de la matriz sobreprotectora de una pandilla, un clan, una mafia o una secta. Socialmente se puede traducir en hostigamiento, vandalismo, abuso sexual u otros actos “fuera de la ley”. La ley frena a su vez los excesos del laxismo y de una falsa compasión. Es de notar que el ejercicio de la ley se realiza en un espacio ritualizado con sus procedimientos y protocolos que le otorgan legitimidad. Inclusive, los pandilleros se asimilan a “nuevas tribus” y tanto sectas como

⁷ En francés, el humorista es quien “hace espíritu” (faire de l’esprit).

mafias se dotan de códigos, jerarquía, expresiones “litúrgicas” y ritos de iniciación. Sin embargo, este simbolismo “sectario”, en el sentido de grupo separado de la colectividad y de la finalidad del bien común, será o ineficiente u operativo para los fines de la “secta”, pero no podrá cumplir el propósito de la humanidad en el universo que es conocer a Dios como la respuesta perfecta al enigma de la vida y de la muerte.

Coherencia y eficacia de la consagración ritual

La manipulación de las leyes de la vida, su tergiversación en operaciones desvirtuadas del fin adscrito a la humanidad, constituyen prácticas de magia o de idolatría, según el lenguaje bíblico. Igualmente, los rituales improvisados que se elaboran por razones únicamente estéticas o de relajamiento, vale decir “femeninas”, contradicen la finalidad de una genuina operación ritual. Como se ha visto, el ritual representa un espacio de contención donde las leyes y los límites establecidos (masculino) permiten recrearse de una manera que favorezca la renovación y transformación (femenina positiva) evitando la disolución en una dimensión indiferenciada duradera (femenina negativa). Por ende, no se puede atribuir de manera arbitraria un significado a las cosas, sino que se tiene los patrones establecidos en la ley de la vida.

La positividad o negatividad de una instancia cualquiera, material o espiritual, no constituye un atributo fijo del objeto, sino que depende de sus características contextuales en un momento dado. Un sol “bueno” calienta y alumbra, un sol “malo” (excesivo) quema y ciega. Un agua “buena” hidrata y refresca, un agua “mala” (excesiva) inunda y ahoga. Lo que se produce por exceso, también se da por carencia. Las pares de opuestos en la manifestación dual, a la vez física (dualidad del mundo sensible) y espiritual (dualidad metafísica del mundo invisible), no existen de manera ontológica, vale decir con realidad propia, en los principios superiores y trascendentes de la divinidad una. De tal modo que no existe frío ni calor en sí, sino grados de temperatura variables según quien lo percibe. No existe oscuridad opuesta a la luz, sino grados variables de luminosidad. En el Génesis, Dios creó la luz el primer día y el sol el tercer día. ¿Cuál era esa luz que precede la creación del sol sino un principio anterior a la manifestación dual?

En este sentido, el Mal no existe de por sí, no ha sido creado, sino que manifiesta una carencia del Bien supremo, fuente y finalidad a la vez de la creación como del proceso ritual. En consecuencia, se ubica fuera de la creación. La teología cristiana que traduce la cosmovisión bíblica usará respectivamente de los términos de *Privatio boni* (carencia de bien) y de *Summum bonum* (bien supremo), basados en la rectitud doctrinal (masculina) y la inspiración de la tradición (femenina), reunidos e interpretados mediante la función magisterial de la Iglesia. En la dualidad metafísica de la creación invisible, sólo los seres angelicales incorpóreos son dotados de una existencia ontológica: si el “Mal” en sí no tiene consistencia, el Maligno (diablo) más bien dispone de una genuina consistencia maligna.

La consagración ritual establece entonces un meta-espacio-tiempo que permite salir de las coordenadas del espacio-tiempo ordinario y así acceder a un espacio-tiempo no ordinario que escapa de las contingencias de la vida habitual y abre a las realidades superiores de manera segura y

fructífera. Este procedimiento asegura no quedar atrapado en la indiferenciación regresiva del tiempo cíclico ni sometido al dominio de entidades espirituales malignas. El ritual ofrece el acceso a la metacognición mediante el establecimiento de un meta-espacio-tiempo donde coexisten sin anularse mutuamente todos los espacios-tiempos particulares. Pasado y futuro, exterior e interior, lejano y cercano, coinciden sin confusión en el lugar físico específico donde se realiza el ritual y en el presente del ritual determinado por un inicio y un final marcados claramente. Los participantes al ritual se despojan de su individualidad ordinaria para vestirse (cubrir la desnudez de su ignorancia) con atuendos o distintivos visibles que manifiestan su función y posición dentro de la dinámica ritual. El sacerdote, chamán o terapeuta, dejan de ser persona cualquiera para volverse temporalmente mediadores de una función que los trasciende como individuos particulares. El paciente, impetrante o aprendiz, se atiene a su rol determinado en esta dinámica, dejando de lado temporalmente su función social eventual de religioso, médico o profesor, y sus vínculos específicos familiares o amistosos con otros participantes.

Aparte de la definición espaciotemporal y de la función asumida por cada participante, el ritual cobra su eficacia y orientación en base la intencionalidad interior formulada en los propósitos declarados, tanto por cada participante como por los “maestros de ceremonia”. Se entiende que la función masculina del propósito concuerda mejor con las virtudes “masculinas” de rectitud y sinceridad. Las peticiones individuales de sanación, enseñanza, orientación, pueden carecer de fundamento o expresar cierta ignorancia o desmedida que deben ser “cubiertos” por el propósito del maestro o iniciador. Este coloca así, con un propósito superior que le asegura su función, un dispositivo que permite a la vez contener la desmedida de los propósitos individuales de los participantes y cubrirse a sí mismo, y en consecuencia a los participantes, de las deficiencias al orden simbólico que puedan ocurrir por la debilidad humana: errores, olvidos, ignorancia o negligencias. Un mayor grado en la escala de diferenciación mediante una conformidad más estrecha a los principios espirituales superiores, permite elaborar una estructura simbólica *ad hoc* que finalmente resulta en una acción ritual más eficiente y segura. Con esa explicación, se hace evidente que un ritual incompleto, mal hecho, realizado sin propósito claro, por mera curiosidad o pretensión (recreativa o lúdica), se revelará inútil en el mejor de los casos y muy peligroso en el peor. La carencia del superorden normalmente establecido por un ritual adecuado, conforme a los principios espirituales, genera un desorden fuente de trastornos físicos, psíquicos o espirituales.

La prevención ritual del incesto

La regresión en el tiempo cronológico y a estados previos indiferenciados, es entonces permitida siempre y cuando no constituya una violación del tabú del incesto. El autor nos advierte que “el tabú del incesto protege de lo que es demasiado familiar”. El contexto incestuoso, con o sin actos sexuales patentes, socava la integridad jerárquica del espacio familiar, instaura la contradicción, la incertidumbre y la confusión de estatus, generando actos regresivos irracionales e infecundos. Se constituye en espacio de auto referencialidad, con bucles de retroalimentación cíclicos que se “tragan y niegan a sí mismos”. Sin embargo, el retorno regresivo a estados más indiferenciados puede ser necesario para rectificar o reparar bloqueos anteriores no resueltos en el proceso de diferenciación. Se trata de desatar los nudos mal hechos que alteran la armonía del tejido del proceso de evolución.

“Cuando estos nudos se deshacen, el punto se pierde y la estabilidad espacial se deshace mientras el cuerpo vuelve a su desnudez primitiva”, como lo señala el autor. La ritualidad sagrada representa una regresión controlada que autoriza el discernimiento entre lo que se tiene que abandonar (confesión-renunciamiento) y lo que merece entrega y compromiso (rectificación-pronunciamento). El ritual permite desatar y reordenar los nudos (vertiente masculina), sin enredarse en la confusión de la regresión (vertiente femenina), para poder finalmente “reanudar” con el desarrollo de su vida. Por lo tanto, la finalidad terapéutica, reparadora y sanadora del ritual debe prevalecer sobre sus aspectos recreativos o lúdicos temporales. La orientación del propósito suplanta la desorientación temporal de la regresión, condición necesaria para que sea un espacio de renovación y transformación. En otras palabras, el espacio-tiempo ritual ofrece una matriz temporal de muerte-renacimiento.

Como lo señalamos arriba, la flecha de la elevación espiritual y del proceso de diferenciación determina un tránsito de las virtudes o características femeninas hacia las masculinas. Esas últimas, masculinas, no anulan ni cancelan el valor de las anteriores, femeninas, sino que las incorporan y superan en un espacio más amplio. Aprender el rigor y la rectitud no supone perder la bondad y la generosidad, al contrario, se fecundan mutuamente de manera necesaria. Esa orientación se establece claramente en la cosmología bíblica cuando Dios bendice a Adán y Eva diciendo “Sean fecundos y multiplíquense” (Génesis 1:28), o cuando invita a Abram a transitar de una matriz hacia otra más amplia y elevada: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre” (Génesis 12:1-5).

El espacio ritual se hace necesario para redescubrir la armonía primigenia paradisiaca perdida por el pecado figurado por la trasgresión de Adán y Eva. Ellos permanecían en la configuración a los deseos de Dios mientras se mantenían en la confianza y obediencia al Creador. Vale decir que no había solución de continuidad entre su existencia corpórea y espiritual, por lo que un espacio-tiempo ritual no era necesario. Su crecimiento para ser elevados a la consciencia divina (teosis) requería solamente nutrirse de todos los árboles del jardín, menos uno. La apropiación de los frutos del conocimiento del árbol de vida, el único prohibido, sin pasar por las etapas previas de una nutrición paulatina representa el salto prometeico del robo del fuego divino. Entre las realidades corpóreas y las espirituales, cruzó por su camino la inteligencia superior de un ser del mundo intermediario, espiritual e incorpóreo, diablo (adversario) o satán (opositor), cuya meta es dividir y confundir. Desoyen la advertencia divina, la etimología del término obediencia significando “escuchar o entender”. Se desentendieron voluntaria y libremente de Dios. En cierta manera, por su decisión, se auto exiliaron del Edén, para ir al desierto estéril solamente humedecido por “las lágrimas de este valle”. El autor señala esta imprevención de Adán y Eva para acceder al pleno conocimiento que resultó en esta temática reiterativa del exilio en la Biblia, con el retorno esperado a la tierra prometida. La “caída” en la realidad corpórea y material (la tierra), y el consecuente exilio de las realidades espirituales (el cielo), es reactualizado a diario por cada ser humano “pecador”. Así que esta lectura de la cosmología tradicional no es mera arqueología bíblica obsoleta sino una descripción de nuestro estatus humano perene. Desde la caída, la operación ritual se hace necesaria para restablecer temporal y parcialmente, de manera pedagógica, un contacto con las verdades superiores del mundo espiritual. De este modo, el veneno espiritual de la serpiente, correctamente usado y controlado, se vuelve medicina como ocurre coherentemente en la escala material.

Embriaguez o intoxicación

El “veneno de la serpiente” invita a revisitarse la noción de toxicidad que no califica una sustancia, sino que describe una relación negativa entre ella y su receptor. A falta del conocimiento del contexto y de las características de ambos elementos, la noción de toxicidad no tiene sentido. Así, la cicuta no afecta en nada a los gorriones ni el eléboro a las codornices. Más bien, el agua ingerida de golpe en gran cantidad puede matar a un ser humano. Es la extrañeza de la sustancia, en calidad o cantidad, en relación con la constitución del receptor que no la puede integrar, que puede revelarse tóxica.

Esta aserción, por la coherencia de las estructuras a diferentes escalas de la realidad, se aplica a las sustancias psicoactivas. Por su potencialidad en conectar con realidades espirituales superiores, requieren un marco ritual adecuado de tal modo que eleven el espíritu humano. En su defecto, “despiertan otro tipo de visión que da preeminencia al mundo natural” y, en este caso, la intoxicación produce “síntomas de la muerte, la enfermedad, el exilio y la inundación”. Según esta inserción o no en un meta-espacio-tiempo ritualmente establecido, el conocimiento al cual se accede informa y rectifica el alma, o genera un mundo alucinatorio, engañoso e ilusorio, “paraísos artificiales” o “malos viajes” (bad trip).

En la cosmología bíblica del Antiguo Testamento, se especifica claramente que la noción frecuente de trance o transporte ocurre bajo la influencia del “Espíritu del Señor” como en el caso de los 70 ancianos que luego comienzan a profetizar (Nm 11, 25-29) o como pasa con Ezequiel que relata la manera como “aquella figura extendió la mano, y me tomó por las gudejas de mi cabeza; y el Espíritu me alzó entre el cielo y la tierra, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén” (Ezequiel 8 :3). Para elevarlo hacia la ciudad santa (reino de Dios), se le agarró por la “cabeza” figurando la parte superior de su ser ontológico.

Al revés, la intoxicación profana se vuelve “una importante representación de las influencias del tiempo y de la inundación a escala humana” y “despiértanse aquellas emociones dionisiacas en cuya intensificación lo subjetivo desaparece hasta llegar al completo olvido de sí...” como lo confiesa Nietzsche⁸. Sin embargo, en su auto referencialidad, el filósofo de la “voluntad de poder” pretende erróneamente que “bajo la magia de lo dionisiaco no sólo se renueva la alianza entre los seres humanos: también la naturaleza enajenada, hostil o subyugada celebra su fiesta de reconciliación con su hijo perdido, el hombre...”. El hombre es para él “hijo de la naturaleza” (madre natura) y no reconoce su orfandad de padre (celestial). Dejando de lado el humilde sometimiento, por una pretensión vanidosa en ubicarse “más allá del bien y del mal”, en lo indiferenciado incestuoso o intrauterino, su intuición y deseo de reconciliación, de salida del exilio, desemboca en lo absurdo, la autodestrucción y la demencia.

Numerosos pasajes bíblicos evocan la borrachera, la mala embriaguez, las fuerzas de disolución, el vino como veneno de serpiente (Proverbios 23:31-33), mientras otros le presentan asociado con la abundancia y las bendiciones de Dios (Deuteronomio 32:14, Eclesiastés 2:3), símbolo de alegría y celebración (Salmos 104:15-23). En el libro de Génesis, la embriaguez profana del vino “equivale a someterse a los poderes del diluvio”, mientras la alianza sagrada con Dios lleva a Noé a plantar una

⁸ Nietzsche, Friedrich. (2003). El nacimiento de la tragedia. 5ª reimpression. Madrid: Alianza, p.45.

vid después del Diluvio y embriagarse con un vino de recreación (desnudez), reconciliación, celebración y regocijo (Génesis 9: 20-22).

El vino, como todas las sustancias psicoactivas es a la vez veneno y remedio, y es el contexto de la ritualidad o su ausencia, una vez más, que orientará la modificación inducida de la consciencia hacia su ampliación (iluminación y coherencia) o su alteración perjudicial (oscurecimiento y absurdidad). La iniciación fallida con sustancias visionarias mal utilizadas conduce a una inflación del ego (vanidad) que se asimila erróneamente una ampliación de la consciencia (humildad). Son las mismas plantas llamadas sagradas que en su uso profano y lúdico, conducen a la adicción (tabaco, amapola, cannabis, coca, etc.). La Biblia menciona más de 200 clases de plantas para usos medicinales, junto con la manera de usarlos, incluyendo plantas psicoactivas poderosas como la *Datura stramonium* o el *Solanum nigrum*. La regresión incestuosa no controlada en el uso profano de esas plantas o sustancias genera los bucles cíclicos de la dependencia y de la autodestrucción. No basta con decretar la sacralidad de las plantas, es necesario establecer el marco ritual que sacraliza su uso.

Reencontramos binomios ilustrativos de esa dualidad en conceptos opuestos relativos a la embriaguez: adicción/iniciación, destrucción/construcción, inflación/ampliación, trabajo/juego, intencionalidad/absurdidad...

La desacralización (profanación) del mundo moderno va de la mano con el aumento de la intoxicación masiva con psicofármacos (alcohol, drogas, medicinas). El “acercamiento estratégico a esta embriaguez ha sido expulsado de nuestro espacio cultural”⁹. En este cambio total de perspectiva, la droga psicotrópica se convierte en un sustituto religioso, permitiendo el acceso a través de la intoxicación, el escape y la anestesia a una "forma inferior de misticismo" como ya lo formuló Philippe De Felice en 1936 y que considera acertadamente, parafraseando a Karl Marx, que “hoy no es tanto la religión que es el opio del pueblo sino el opio lo que se ha convertido en la religión del pueblo”¹⁰.

Las enseñanzas de las medicinas tradicionales amazónicas

Las medicinas tradicionales amazónicas dan cuenta de una pericia en la inducción, control y manejo de estados modificados de la conciencia inducidos por plantas o brebajes psicoactivos. Nos limitaremos aquí en considerar el manejo ancestral ritual de la ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*) como ilustración de esos conocimientos antiguos. Vale señalar que todas las plantas “tóxicas” son potenciales medicinas y que su representación simbólica se relaciona casi siempre con la serpiente en sus dos vertientes de veneno o remedio. Este doble papel lo ilustra particularmente la yawar panga (“hojas de sangre”), purificadora de la sangre, que se llama también “machacuy huasca” (machacuy: serpiente venenosa, huasca: sogá) y también “huanchahui sacha” que significa “equivalente vegetal (sacha) del huanchahui”, ave que come las serpientes. Así, según su uso, esa planta se revela como un

⁹ Albrecht, Pierre-Yves (1998) *Le Devoir D'Ivresse. Les Itinérances Du Thérapeute*, Georg Editeur.

¹⁰ Philippe de Félice (1936) *Poisons sacrés, Ivresses divines. Essai sur quelques formes inférieures de la mystique*, Paris.

veneno (serpiente venenosa) o una medicina contra veneno (el ave simbolizando una potencia espiritual capaz de destruir fuerzas tóxicas).

Con buena razón, el autor se refiere reiteradamente a elementos de la sabiduría tradicional que hacen eco a su lectura de la cosmología bíblica.

Así, las olas del océano simbolizan un vaivén cíclico y oscilante que crea cierta incertidumbre ya que cada afirmación puede esconder una intención contraria. Manifiesta un estado inestable como “ocurre en la historia del diluvio, cuando la estabilidad espacial se pierde por completo a causa de las olas primordiales”. Las ondulaciones del mar evocan las reptaciones de una “colosal serpiente marina”. Las olas se asocian entonces en la cosmología bíblica al lado “femenino”, no racional, la disolución, la renovación, la muerte. Precisamente, los efectos psicoactivos de la ayahuasca se manifiestan como la sucesión de olas sucesivas de embriaguez que los indígenas llaman “mareación” en referencia a la marea oceánica.

Son múltiples las similitudes entre los atributos simbólicos de las olas del mar y la serpiente marina y las características de la ayahuasca tal como las describen los curanderos amazónicos, por lo que el autor no se equivoca en considerar que “las olas pueden interpretarse como enredaderas silvestres”.

El mismo término ayahuasca (aya: muerte, huasca: sogá), señala el papel de enlace con la muerte. La ayahuasca restablece una especie de cordón umbilical que posibilita el retorno al útero primigenio, una suerte de regresión en una matriz que permite renovación y transformación. Es el marco ritual que impedirá esta regresión sea una trasgresión del tabú del incesto y facilitará la transición de la muerte temporal hacia un renacimiento. La confrontación con el miedo a la muerte, y su superación, es entonces parte integral de la experiencia. La disolución temporal de los recursos racionales y de la identidad subjetiva con el yo, permiten en una segunda etapa la reformulación de una nueva identidad con un yo superior.

La dimensión femenina de la ayahuasca resalta en el apelativo de “madre” que le otorgan los indígenas y su percepción visionaria tradicional como “una mujer sin cabeza” (feminidad sin racionalidad masculina y mental), o como serpiente no venenosa (boa), pero capaz de provocar asfixia por estrangulación o apretamiento, a semejanza de una madre sobreprotectora. Los curanderos advierten a los participantes que tendrán que aprender a “no dejarse dominar por la ayahuasca”.

En su manifestación corpórea, la ayahuasca es una enredadera o vid que no puede elevarse sin apoyarse en un árbol que le sirva de tutor. Vale decir que se desarrolla en la horizontalidad y requiere de un soporte vertical masculino para expresar plenamente su poder de conexión con realidades superiores (cielo). En su defecto, solamente recreará elementos de la naturaleza (tierra). Dentro del contexto ritual, los expertos indígenas aseguran este complemento masculino con su propia masculinidad varonil y la añadidura del tabaco, planta “masculina” por excelencia. Si la ayahuasca es de tierra y agua (líquida, boa), el tabaco es de aire y fuego (humo).

Las mujeres curanderas no expresan directamente su poder terapéutico sino lo interiorizan silenciosamente, “a la sombra” de su esposo quien exterioriza las operaciones terapéuticas. Los indígenas consideran que las mujeres tienen una conexión más fácil y directa con la ayahuasca, por ser de la misma naturaleza femenina, pero, con ausencia de soporte masculino, “se tuercen más

rápido”. En otras palabras, sin la contención y verticalización masculina, existe el riesgo de que accedan a conocimientos engañosos y peligrosos que, en última instancia, desembocan en prácticas de brujería.

La recreación disolvente del ciclo lunar de la menstruación representa otra dificultad en asociación con una sesión de ayahuasca en la medida en que se suman dos fuerzas femeninas (la sangre menstrual y la identidad femenina de la ayahuasca) cuya sinergia hace peligrar la contención masculina de la sesión.

La exclusión en el mundo indígena de las mujeres como curanderas “ayahuasqueras” y, en sesiones, de las mujeres en etapa de menstruación, se adscribe a los patrones femenino/masculino de la cosmología amazónica que coincide con la bíblica en cuanto al reconocimiento de un orden trascendental de la creación que no se puede transgredir sin consecuencias nefastas. La clínica de sus prácticas confirma la validez de esos patrones. La interpretación de esos conceptos como machistas resulta del analfabetismo simbólico de la modernidad al cual justamente esta obra trata de responder.

La toma de ayahuasca no controlada favorece “la ociosidad y el descanso que provocan indirectamente un retorno a etapas más primitivas de la creación”. Si no se interviene con los cortes masculinos, los “tentáculos” de la enredadera se extienden hasta derrumbar paredes. Del mismo modo, la ayahuasca termina matando el árbol que la soporta si no se controla su exuberancia con podas preventivas. Del mismo modo, en sus efectos psicoactivos, el curandero será llevado a “cortar” la embriaguez mediante procedimientos “masculinos” con el tabaco, como es soplar su humo o hacer inhalar su polvo en rapé. La vid de ayahuasca representa el tiempo cíclico, mientras el tabaco, con el curandero varón y la estructura ritual, recrean el espacio.

En el proceso de embriaguez inducido por la ayahuasca, a nivel somático se solicita el sistema nervioso autónomo con sus dos ramas complementarias ortosimpática (estímulo, aceleración) y parasimpática (relajación, deceleración). Esas dos instancias que regulan el equilibrio a nivel inconsciente se extienden como dos serpientes entrecruzadas alrededor del eje central de la columna vertebral. También se activan funciones de la base del cerebro llamada arqueo-cerebro o cerebro reptiliano. De tal modo, que, sin entrar en más detalles, se ve que la ayahuasca entra en resonancia con muchas instancias psíquicas y corpóreas reptilianas.

El uso correcto de la ayahuasca, en especial con una forma ritual adecuada, hará que se oriente hacia el estímulo de la serpiente sanadora y permite así acceder a “buen conocimiento”. A modo de comparación, como lo recomienda Dios a Moisés en medio del desierto (Números 21:8-10), se debe orientar la mirada hacia la serpiente sanadora y elevada (boa ayahuasca no venenosa erigida sobre un árbol) para premunirse del veneno de las serpientes rastreras venenosas (perversidades personales o dardos del brujo).

El hecho de “ser comido por la serpiente” puede simbolizar “los poderes devoradores del ‘tiempo’” como previene el autor, pero a la vez, en contexto ritual adecuado, puede responder a un propósito de renovación. En la indiferenciación regresiva no controlada, el engullimiento por la serpiente refiere a una forma de posesión o subyugación, o sea una forma de infestación por una entidad parásita maligna, sea humana o angelical. Más bien, cuando se establece una alianza del consumidor con la

ayahuasca, la serpiente aparece abriendo su boca e invitando al impetrante a ser tragado por ella. Es una visión muy clásica de una etapa iniciática en la medicina tradicional amazónica. Esta situación visionaria no genera ningún miedo y resulta en la incorporación placentera en una matriz reparadora. Los maestros curanderos lo comentan diciendo que es una prueba de que “la ayahuasca te quiere”. La ayahuasca ofrece así una matriz de transformación y renacimiento que no deja de acordarnos cómo Jonás, huyendo de Dios y de la misión encomendada, se encuentra “durmiendo” (anestesiado, inconsciente) en medio de la tempestad, arrojado a las olas turbulentas del mar (disolución, perdición), para ser luego “tragado por la ballena”. En esta matriz de muerte-renacimiento, se acuerda de Dios que finalmente lo restituye a “tierras secas” (Jonás 1-2).

La sesión tradicional clásica de ayahuasca se realiza de noche y en el “útero” de la maloca o casa comunal circular (femenino), sostenida por un pilar central (eje espacial, árbol cósmico), encuadrada dentro de un ritual, la intencionalidad del maestro curandero y de los participantes (masculino). La antecede una preparación de limpieza con plantas purgativas y baños de plantas aromáticas, y está seguida a la luz del día siguiente de la interpretación o lectura simbólica por el maestro de las visiones ocurridas (integración masculina).

El microcosmos de la planta ayahuasca, al encontrar con el microcosmos del ser humano, activa su función exterior de mediador universal entre el cielo y la tierra (función sacerdotal), y restablece interiormente el corazón como mediador entre su cuerpo (tierra) y su mente (cielo). El autor concluye acertadamente que es “sin duda el principio que subyace al homúnculo en la medicina tradicional y el folclore”.

El contexto tribal

Las cosmologías amazónica y bíblica del Antiguo Testamento comparten el hecho de ser reveladas dentro de un contexto tribal.

La estructura tribal coloca como referente espacial colectivo, el clan o familia extendida, que entra en tensión dual con las demás tribus. Este modo de organización social se construye en base a un horizonte civilizacional sustentado en el mito fundador de la Justicia como valor supremo. La estabilidad con “el otro”, sea otro individuo, otra tribu, la naturaleza exterior, las entidades espirituales o la divinidad misma, se mantiene mediante la regulación de los intercambios basados en la reciprocidad. Se aplica el principio de la justicia retributiva en la ley mosaica del talión (“Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie”) que se encuentra de manera idéntica, aunque no escrita, entre los grupos étnicos amazónicos.

En este sentido, las medicinas tradicionales amazónicas tienen de manera constitutiva prácticas de brujería, consideradas necesarias y justificadas para defenderse de las eventuales agresiones del “otro” extraño. Pero su uso contra miembros del clan de pertenencia representa una mayor traición merecedora de la pena de muerte.

Este sistema, en la cosmología amazónica, se expresa en los bucles de retroalimentación de la retribución equivalente y proporcional de los regalos o favores, de los raptos de mujeres entre grupos

étnicos, de las venganzas de sangre y las luchas invisibles entre curanderos-brujos. Las agresiones invisibles con “dardos mágicos” (virotos) merecen ser “devueltas” en un vaivén sin fin. La envidia y la traición de la “confianza” entre miembros de la misma comunidad representan en este contexto los peores pecados. No otorgar confianza a alguien ajeno al grupo social no representa forzosamente un pecado más bien manifiesta ingenuidad. Si un extraño al grupo traiciona, la culpa es de quien “le dio mucha confianza” como dicen los pueblos amazónicos. La confianza atribuida a un extraño al grupo debe establecerse dentro de un compromiso formal, un pacto, como el compadrazgo, cuya traición constituye la más baja villanía. Igualmente, la circuncisión se ejercía ancestralmente en las etnias amazónicas como marca de pertenencia al grupo.

Moisés dio a las tribus de Israel la Ley del Decálogo donde el noveno mandamiento refiere a la traición de la confianza (No dirás falso testimonio contra tu prójimo) y el décimo a la envidia (No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo), (Éxodo 20:1-17).

Es de notar también, que los pueblos amazónicos repugnan comer carne sangrante, a semejanza de la comida kosher del pueblo hebreo.

Así, las similitudes entre las cosmologías amazónica y bíblica del Antiguo Testamento dan cuenta de sistema idéntico de valores asentado en su estructura tribal y el mito fundador de la Justicia. Sin embargo, sin anular las estructuras básicas perennes identificadas, su aplicación o manifestación en el tiempo cronológico requiere evolucionar. La revelación implícita de los patrones de la vida toma dimensiones renovadas y más amplias para revelarse en la manifestación evolutiva espaciotemporal de las cambiantes realidades materiales y del tiempo cronológico. Las limitaciones de este modelo civilizacional afloran en el Antiguo Testamento y permiten visualizar la pedagogía divina progresiva ejercida hacia el pueblo hebreo en un proceso de diferenciación paulatina. Esta gesta colectiva nos educa individualmente como símbolo de la evolución personal hacia una mayor consciencia de nuestra vocación espiritual.

La universalidad del lenguaje bíblico

Por cierto, más allá del horizonte mitológico de la Justicia, el Antiguo Testamento anuncia el mito venidero del Amor que se realizará plenamente con la venida de Jesús el ungido. La estructura tribal como referente será superada por la universalidad como horizonte más amplio. El prójimo pasa de ser de miembro de la comunidad étnica a miembro de la comunidad humana, por lo que todo ser humano es reconocido como hermano.

Salomón anuncia la sustitución del Justo por el Sabio. La justicia salomónica introduce la misericordia y demuestra su aptitud a superar a la justicia ciega retributiva, siendo finalmente un nivel alto de justicia (I Reyes 3: 16-28). El Amor supera la Justicia sin anularla.

Los diez mandamientos de la ley mosaica, sin ser anulados, se encontrarán superados por las ocho bienaventuranzas del Sermón de la montaña (Mt 5, 1; 7, 28). Las enseñanzas del Nazareno, hijo de David, prolongan las de Moisés, reclamando su filiación: “Si ustedes le creyeran a Moisés, me

creerían a mí” (Juan 5:46). Jesucristo encarna la ley de Moisés (Juan 1:17), no ha venido para anularla sino cumplirla (Mateo 5:17), con mayor grado de exigencia (Mt 5,20-37). Esta nueva perspectiva sustituye la venganza de sangre por la justicia legal, la reciprocidad por la misericordia y el perdón, el pan del cielo (mana) por el pan de Dios, la circuncisión genital por la del corazón, el adulterio sexual por el adulterio cometido en el corazón, el Sabbat hecho para el hombre y no el hombre para el Sabbat...

Si la revelación del Padre se expresa en la Creación, la del Hijo en la Palabra, se anticipa la revelación contemporánea del Espíritu y el surgimiento del mito de la Libertad en los eventos de nuestra época. En este tanteo colectivo hacia una adecuada comprensión de la Libertad y definición de nuestra identidad espiritual, nuestra humanidad experimenta todos los síntomas de la “recreación” con sus aspectos de disolución y muerte expresados en ideologías absurdas y vanidosas donde predomina la relatividad, la “fluidez”, la confusión y hasta sustitución de los opuestos, una misericordia extrema exenta de la ley. El autor lo formula como una manera de “invocar al tiempo”, acto prohibido y que anuncia un nuevo diluvio. De forma reactiva, otros se petrifican mirando hacia atrás como la mujer de Lot (Génesis 19:26-29), aferrándose a preceptos antiguos donde confunden rigor con rigidez, autoridad con autoritarismo, ley con legalismo.

Este manual de alfabetización espiritual nos proporciona las claves estructurales que permiten descifrar nuestra actualidad en base a patrones perennes y universales. Ateniéndose esencialmente al primer libro de la Biblia y más ampliamente al Antiguo Testamento, nos deja anticipar la riqueza todavía por revelar en los demás libros de las Sagradas Escrituras.

El propósito de la humanidad en el universo es conocer a Dios como la respuesta perfecta al enigma de la vida y de la muerte. Sin embargo, en la historia del Jardín del Edén, Adán y Eva no estaban totalmente preparados para afrontar esta paradoja a mayor escala. En su exilio que es nuestro, el retorno a casa supone conocer los caminos posibles y seguros. El pleno uso de la libertad va de la mano con el conocimiento de las opciones y su destino final. La Libertad supone Conocimiento.

En este sentido, esta obra, más que un manual, representa una “Tratado de la Libertad Humana”.

Dios deja al ser humano libre, pero le susurra la buena opción, el camino para escoger, sin imponérselo: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal, la bendición o la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia. (Deuteronomio 30:15-19). Dios se revela lo suficiente como para sacarnos de nuestro extravío, y se oculta lo suficiente como para no imponerse. Para remedar irónicamente el dicho popular, se podría afirmar que, paradójicamente, “Dios propone, el hombre dispone”.

Así, más allá de la búsqueda de conocimiento, se trata de restablecer la confianza en Dios, traicionada en el Edén, haciendo prevalecer la fe y la obediencia. Por ello, “los decretos del Señor son confiables, hacen sabio al sencillo, una gran recompensa para quienes los obedecen” (Salmos 19:7-12) y si son ocultados a los sabios e inteligentes, son revelados a los niños (Mateo 11:25).

“Al Señor... buscadlo con corazón entero. Lo encuentran los que no exigen pruebas, y se revela a los que no desconfían”. (Sabiduría 1,1-7)